

75 aniversario
del exilio republicano español en México
(1939-2014)

A bordo del Sinaia, el Ipanema, el Nyassa, el Siboney, Mexique, Isere, Orizaba y Flandre, se trasladó, durante el año de 1939, la gran mayoría de los aproximadamente veinticinco mil refugiados de la Guerra Civil española, acogidos con generosidad por el gobierno del general Lázaro Cárdenas tras la derrota militar de la República española y el inicio de la Segunda Guerra mundial. A bordo de aquellas naves venían obreros, poetas, escritores, profesores, médicos, campesinos, comerciantes, políticos, militares, ingenieros, periodistas, niños e incluso algún bebe que había nacido durante la travesía. Desde el mismo momento de pisar tierras mexicanas aquellos hombres y mujeres hicieron patente su reconocimiento al país que los recibía, dispuestos a corresponder con trabajo y entusiasmo a la solidaridad de una nación que el futuro convertiría en su nueva patria.

Con el arribo a costas mexicanas de aquellos buques cargados de españoles perseguidos comienza la historia del exilio republicano español en México.

La memoria de aquel éxodo y su integración a la vida social y cultural de México ha sido materia de diferentes conmemoraciones y ha dado lugar a muchos trabajos históricos, antropológicos, literarios, cinematográficos o escénicos, y ha sido también objeto de cientos de mesas redondas,

seminarios, exposiciones y más de un memorial. Aún así, año con año, se vuelve a recordar de una u otra manera la llegada de aquellos republicanos, posiblemente porque hay hechos históricos que no son de interés exclusivo de la literatura histórica y la academia, pues se trata de fenómenos humanos que mantienen su vigencia y continúan presentes en la memoria individual y colectiva de muy diversas comunidades y trascienden incluso las fronteras generacionales.

Entre otras muchas cosas, el exilio significó el gran reencuentro de España y México tras una historia de conquista, colonia y guerra de independencia. A partir de este acto de generosidad, en México se entendió más profundamente la diversidad cultural de los pueblos de España, su espíritu humanista y libertario; simultáneamente, como sucede cuando dos seres se encuentran y abrazan, los españoles fueron comprendiendo las profundas raíces indígenas de un México hasta entonces ajeno y desconocido, al tiempo que se incorporaban y enriquecían la gran transformación social que la Revolución Mexicana había echado a andar algunas décadas antes. Como ha dicho el escritor mexicano Juan Villoro, tras el triunfo de los generales golpistas en España, la República española pasó a llamarse México, y comenzó entonces, entre ambos pueblos, una historia en común que abonó a la superación de enconos y prejuicios.

La historia del exilio español en México revela mucho de lo mejor de todos los involucrados: la generosidad de los mexicanos correspondida con el agradecimiento, la entrega y compromiso de los refugiados; las aportaciones de los refugiados reconocidas y apreciadas por quienes abrieron las puertas de México y dieron tierra y cobijo a una multitud de combatientes republicanos y antifascista, pero también de víctimas

inocentes de la guerra, a la que muchas otras naciones habían dado ya la espalda o trataron de forma indigna.

Sin embargo, los actos de la memoria histórica requieren renovarse para encontrar su vigencia, lo que significa descubrir los nuevos significados que les otorgan el paso del tiempo y la sucesión de las generaciones. Si con los años ha ido desapareciendo la generación de aquellos exiliados que participaron directamente en la construcción de la Segunda República, la defendieron durante la guerra y combatieron al fascismo y al nazismo en la Europa ocupada, también es cierto que les sobreviven una multitud de nietos y tataranietos, ya plenamente mexicanos o con ambas nacionalidades, para los que aquella historia es parte fundamental de su memoria, de las ideas y principios sobre los que fundamentan su vida, por lo que además del interés histórico que puede despertar, el fenómeno del exilio español es un acontecimiento cuya vigencia se materializa en instituciones educativas, académicas y culturales activas, así como un patrimonio cultural, afectivo y familiar, no sólo de los cientos de miles de descendientes que viven en México, América Latina y otros rincones del mundo, sino de círculos sociales, profesionales o culturales mucho más amplios, conformados por aquellos que se encontraron con ese río humano de “generosa sangre desbordada” del que habla el poeta Pedro Garfias, e hicieron suyas sus causas y compartieron experiencias, palabras y culturas.

Uno de los poetas exiliados que hicieron de México su patria, León Felipe, habló de que con ellos, con el exilio, había abandonado España la canción, la poesía, la alegría. Es cierto que la tragedia española trajo un enorme empobrecimiento de la cultura para España, pues no sólo se perdía una apuesta por la democracia y la educación, sino que se

rompieron importantes líneas de desarrollo social, científico, artístico. Pero también es cierto que la derrota de la República significó el desarrollo en México de muchas de sus ideas, de su fecundidad creativa y generosidad humana. Por eso conmemoramos en México no una derrota, sino la llegada de mujeres y hombres que vinieron a enriquecer nuestra sociedad y que hoy forman parte de la diversidad cultural y del patrimonio histórico de nuestra nación. De ahí que diversas instituciones, organismos y centros culturales, de México y España, hemos organizado exposiciones, conferencias, proyectos editoriales, jornadas culturales o coloquios en torno a este setenta y cinco aniversario de la llegada del exilio español a México, porque hacerlo significa también refrendar nuestra elección por una sociedad basada en la solidaridad, la educación, la cultura, los derechos y las libertades de todos los seres humanos.

---o0o---